

CARTA DESDE LEJANAS FRONTERAS

Antton Obeso

Salem (Oregón) 25 de marzo de 1958

Queridos padres:

Os escribo porque ayer..., esta noche..., esta madrugada..., me ha sucedido algo que... no sé cómo contarlo.

Por mi carta anterior sabéis que estoy ya en Oregón. Os la escribí nada más llegar aquí, hace diez días, creo. Bueno, día más, día menos. Entonces os decía que nada más llegar a éste, mi nuevo destino, sentí algo extraño. Algo que no sabía explicaros. Y que todavía sigo sin poder explicarlo. Sin poder explicarlo aún después de lo sucedido esta noche.

Antes que nada os diré que hasta que yo llegué aquí, había estado Boni al cargo del rebaño. Yo me puse muy contento, al principio, al verle. Me acordaba de todo lo que nos hizo reír en el viaje, cuando veníamos a California. Creo que todos teníamos bastante miedo al viaje en avión. Pero, gracias a él, el tiempo se nos hizo corto. Era el más alegre y chistoso del grupo. Y siempre, con él, era una risa continua. Luego, cuando llegamos a Los Angeles, ya sabéis, cada cual fuimos destinados a un sitio distinto. Pues ahora, cuando le he vuelto a ver, después de tantos meses separados, casi no le he reconocido. En los dos días que hemos estado juntos, hasta terminar de hacer el recuento de ovejas, casi no me habló nada. Sólo lo justo. Y parecía que ni se atrevía a mirarme a la cara. Cuando se montó en el camión, en el que me trajeron a mi, ni se despidió. Hasta que arrancó, estuvo mirando hacia otro lado. El iba en la parte trasera. Y sólo, cuando ya estaba el camión lejos, miró hacia mi.

Luego, otra vez, como cuando he estado en Nevada, me he quedado sólo, con las ovejas, el caballo y los perros. Entonces, he pensado mucho en Boni, y en lo que le ha podido pasar. Me pareció que los capataces hablaron algo de él por la forma en que le miraban. Pero como hablaron en inglés, no me pude enterar. Pienso que habrá estado enfermo y que ahora la Compañía le habrá llevado a Salem, quizá, para que le hagan algún reconocimiento médico. Pero lo raro es que él no me haya dicho nada.

En mi carta anterior no os dije nada de Boni. No os dije nada pues la escribí el primer día que llegué, a la noche, para que ellos mismos la llevaran a la ciudad y la echaran al Correo y, además, porque no me pareció que tenía importancia. Ha sido luego, cuando se marcharon, cuando lo he estado pensando y me ha preocupado.

Pero no es por Boni que me haya puesto hoy a escribiros. Pienso que de Boni tendré pronto noticias pues la semana que viene, el sábado, vendrá la camioneta, como es habitual, y me enteraré. Por lo que hoy os escribo es por algo completamente distinto.

Vamos a ver cómo lo puedo contar.

Como ya he dicho antes, nada más llegar noté algo raro. No era lo mismo que en los montes de Nevada. Y no era por lo de Boni, no. Los primeros días que salí con el rebaño me parecía



Al grupo de jóvenes pastores con los que coincidí en un restaurante de Bilbao un día, en 1957, y que, entre chistes, bromas y risas, mientras daban cuenta de una buena chuleta, esperaban el momento de partir hacia América.

Garoa ikusten lortzen nuenean ia negarra nerion, ta orduz egoten nintzen han.

(Cuando llegaba a ver el helecho casi lloraba, y pasaba allí horas y horas)

Bartolomé Azkoitia
(pastor vasco que desarrolló su labor en Oregón, California y Nevada)

como si fuera a ocurrir algo. Y no sabía qué. Y me pasaba todo el tiempo mirando para un lado y para otro. Yo sabía que nadie iba a venir por ninguna parte. Porque, además, si viniera alguien, ¿qué más daba? A veces pensaba que podrían aparecer indios, montados a caballo, y con sus plumas y flechas. Como tantas veces hemos visto en las películas. Pero esto ya no pasa. Y lo curioso es que esto no había pensado nunca estando en Nevada. Ni había pensado esto ni nada que me hiciera sentirme inquieto como ahora lo estaba. Así que, como digo, me pasaba el tiempo mirando a las montañas y ni con los prismáticos conseguía ver nada que me llamara la atención. Pero ayer, de pronto, en unas colinas lejanas, me pareció advertir algo fuera de lo normal. Aunque, a decir verdad, las colinas en que me fijaba estaban tan lejos que realmente no podía saber qué es lo que había allí. Era la primera vez que avistaba aquellas colinas. Ya se sabe, con el ganado vas buscando nuevos pastos y son otros montes los que aparecen en el horizonte. Pensé que cuando fuera transcurriendo el día, y al cambiar el sol de posición, podría precisar lo que en el momento no era más que una... no sabía decir. Pero el día fue transcurriendo sin que cambiaran las cosas.

Antes de que se hiciera demasiado tarde tomé la decisión. Dejé el ganado encerrado en el redil, al cuidado de los perros, y salí a caballo. Cabalgué durante más de una hora y como el sol comenzaba a declinar, y la sombra se extendía, tampoco podía precisar el pasto de aquellas colinas, pues esto era lo que yo creía que me llamaba la atención. No había olvidado el saco de dormir pues, lógicamente, no podría retornar hasta poco antes del amanecer. Volver de noche sería una locura pues fácilmente te puedes perder por un lugar que todavía, en sólo unos pocos días que llevo aquí, lo desconozco. También llevaba la escopeta. Aunque, no obstante, hasta el momento no ha habido indicio alguno de animales peligrosos. Cuando estás con el ganado y con los perros parece que te sientes protegido, quizá por que se está con otros seres con los que, de alguna manera, convives en cierta armonía. Pero una vez apartado de ellos, se siente verdadero temor. Vas con el caballo, y eso te da mucha seguridad, pero no es lo mismo. Por lo tanto, el rifle ayuda.

Bueno, la cuestión es que después de casi dos horas de cabalgada, de haber necesitado bajar a una profunda vaguada que hizo perdiera de vista el lugar adonde me dirigía, luego, al subir, llegué de pronto a la colina. Y mis ojos vieron lo que menos esperaba que iba a encontrar en aquel lugar. Por un momento me quedé confuso, sin poder creerlo. Primero pensé que me estaba engañando. Pero no, aquello era realmente lo que estaba viendo. ¡Helecho! ¡Era helecho!

No me es posible expresar todo lo que sentí en ese momento. No. Imposible. Ahora me doy cuenta de mi enorme ignorancia, de lo poco que sé, de lo poco que he aprendido, de mi poca escuela. ¡Toda mi vida en el monte cuidando ovejas!

Se hizo de noche. Enseguida se hizo de noche. Pues a pesar de ello yo podía seguir viendo los helechos, pues el cielo estaba completamente despejado y la luna brillaba con mucha claridad. No hace falta decir que no he dormido en toda la noche. No me cansaba de contemplar los helechos. Creía hallarme en mi tierra. Mejor dicho, me sentía convencido de que estaba con mi rebaño en los montes de Urbasa. Y me decía a mi mismo si no estaría soñando. Soñando que había ido a América. Que es lo que ocurría cuando me propusieron este trabajo, que me pasaba los días

pensando constantemente en América. Y no había otra cosa en mi cabeza, sólo América. Y esta noche ha ocurrido algo así. Creía estar todavía en Urbasa pensando en América, pensando en cómo sería viajar en avión, en cómo sería Nueva York, en cómo sería California, en cómo sería la gente de esta tierra. Pero... no exactamente así. No. No sé cómo explicarlo. Quizá... podría decir... como si estuviera todavía en Urbasa y América surgiera en mi mente como un sueño ya sucedido. Eso es. No como un proyecto, sino como algo ya pasado. Pero a la vez, como algo no alcanzado. Y esto, me produce una tremenda inquietud. Como un escalofrío. ¡Cómo poder explicarlo!

Me había hecho el propósito de volver antes de que empezara a amanecer. Pero una tentación irresistible me obligaba a esperar a que surgiera el sol para poder ver los helechos a pleno día. Y estaba allí como clavado. No había otra cosa. Quiero decir, que me olvidé del ganado, me olvidé de mi trabajo, me olvidé de todo. Creo que me olvidé hasta de mí mismo. Así debió de ser, porque antes de que me diera cuenta el sol surgía por detrás de los montes. Ha sido la noche más corta de mi vida.

Con el amanecer llegó una ligera brisa y los helechos se ondularon como el mar. Como un mar verdoso y brillante, pues el ligero rocío que había caído durante la noche hacía brillar a todo el campo bajo el sol. ¡Santo Dios, qué hermoso ha sido!

He tenido que hacer un tremendo esfuerzo para moverme. He saltado sobre el caballo y he salido a todo galope del lugar. Tenía miedo de que me faltaran las fuerzas y me quedara allí para siempre.

Menos mal que cuando he llegado al redil no había ninguna novedad. Las ovejas estaban en calma y los perros las cuidaban con normalidad. Aunque, eso sí, estaban ya algo inquietos y se han alegrado cuando me han visto llegar.

Ha transcurrido el día y no he hecho más que pensar en volver a las colinas de los helechos. Y volveré tantas veces como pueda. Será como volver a mis montes de Urbasa. Será como volver a mi tierra. Pero... creo que no es sólo eso. Creo que hay algo más. Es esa inquietud, ese escalofrío. Y porque nunca estuve antes toda una noche contemplando los helechos. Y porque nunca antes pasaron por mi mente tantas cosas. Cosas que no las puedo explicar. Cosas que necesitaré pensarlas poco a poco... para tratar de aclarar, para saber. Mi ignorancia es grande. Y es necesario salir de este pozo. Volveré a las colinas de los helechos. Sí. Volveré. Volveré para escuchar otra vez su voz, sus palabras.

Llegado a este punto se quedó cortado. ¿Ya no tenía nada más que decir? ¿Qué le quedaba, terminar ya la carta, despedirse? Estaba confuso. Había más, desde luego. Nunca había tenido tanto para contar y quedarse, sin embargo, con la desazón de haber expresado tan poco. Y nunca, también, había escrito una carta tan larga. Una carta que, de pronto, se preguntó ¿para quién? Porque toda aquella divagación, tan poco comprensible, tan incompleta, con tantas cosas que todavía desconocía y que necesariamente las tenía que explicar, no podía, de manera alguna, enviarla a sus padres, que no podrían comprender. ¿Para quién?, se dijo entonces, ¿para quién? Y como si la luz de un amanecer en las montañas y entre los árboles de los bosques comenzara a rasgar la oscuridad, empezó a adivinar que la carta le venía dirigida a él. A él mismo. Y que, de alguna forma, todavía tenía que seguir escribiéndola.